

Paisaje barrial y hábitat: representaciones en tiempos de incertidumbre. Reflexiones situadas: El Castillo, Chile

Recibido: 2020-10-09

Aceptado: 2021-04-05

Cómo citar este artículo:

Valencia-Gálvez, L, Ruiz-Flores, J. C., Andrade-Guzmán, C., y Gallardo-Muñoz, S. Paisaje barrial y hábitat: representaciones en tiempos de incertidumbre. Reflexiones situadas: El Castillo, Chile. *Revista INVI*, 36(101), 35-55.
<https://doi.org/10.4067/S0718-83582021000100035>

Lorena Valencia-Gálvez

Departamento de Trabajo Social, Facultad de Humanidades y Tecnologías de la Comunicación Social y Programa Institucional de Fomento a la Investigación, Desarrollo e Innovación (PIDi), Universidad Tecnológica Metropolitana, Chile, lvalencia@utem.cl
<https://orcid.org/0000-0002-3386-6447>

Juan Carlos Ruiz-Flores

Departamento de Trabajo Social, Facultad de Humanidades y Tecnologías de la Comunicación Social, Universidad Tecnológica Metropolitana, Chile, j.ruizf@utem.cl
<https://orcid.org/0000-0002-0867-9455>

Carlos Andrade-Guzmán

Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Alberto Hurtado. Santiago, Chile, caandrade@uahurtado.cl
<https://orcid.org/0000-0003-4150-032X>

Sergio Gallardo-Muñoz

Consultor independiente, Chile, gallardo.sergioantonio@gmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-4808-5966>



Paisaje barrial y hábitat: representaciones en tiempos de incertidumbre. Reflexiones situadas: El Castillo, Chile

Palabras clave: paisaje; hábitat; segregación socio-espacial; La Pintana (Chile)

Resumen

Este artículo examina la dimensión territorial y social del hábitat y del paisaje como expresión del fenómeno de segregación en Santiago-Chile. Se presenta un estudio de caso en el sector de El Castillo, comuna de La Pintana. Se sitúa el hábitat y el paisaje barrial en un escenario golpeado por la globalización, la crisis ambiental, la crisis sanitaria y la expansión del capitalismo. Este trabajo desarrolla un estudio de caso de carácter intrínseco e instrumental. Se elige Villa Nueva Patagonia por su ubicación dentro de las cinco comunas con peor índice de calidad de vida urbana dentro del país. El estudio desarrolla un enfoque cualitativo, donde el foco principal del análisis se ha puesto en los discursos de los habitantes en relación a su territorio, visto este desde la dimensión del paisaje y del hábitat. Los resultados señalan que no se puede hablar de un paisaje acabado, pues existe una tensión entre lo esperado y las actividades que se observan, habiendo una relación próxima entre las idealizaciones de sus habitantes y la historia del poblamiento del sector. Estos cambios han generado y cimentando desigualdades, acumulando efectos de malestar en el largo plazo; así, desde estas desigualdades el paisaje es entendido como la memoria del territorio.



Abstract:

This article examines the territorial and the social dimension of habitat and landscape as an expression of the segregation phenomenon in Santiago-Chile. Specifically, it presents a case study developed in the sector of El Castillo, in the commune of La Pintana. The aim is situating habitat and neighborhood landscape in a scenario that has been struck by globalization, environmental and health crises, and the expansion of capitalism. This work is based on an intrinsic and instrumental case study. Villa Nueva Patagonia was chosen given its location within the five communes with worst urban life quality index in the country. The study develops a qualitative approach, where the focus of the analysis has been the inhabitants' discourses concerning their territory, seen from the dimension of landscape and habitat. Findings show that it is impossible to speak of a finished landscape, as there is a tension between what is expected, and the activities observed in different places. There is a close relationship between the idealization of its inhabitants and the sector settlement history. These changes have generated and cemented externalities and inequalities, accumulating unsuspected effects of discomfort in the long term. From there, the landscape can be understood as the memory of the territory.

Neighborhood landscape and habitat: Representations in times of uncertainty. Situated reflections: El Castillo, Chile

Keywords: Landscape; habitat; socio-spatial segregation; La Pintana (Chile)

Introducción

Existe una vigorosa discusión sobre el Hábitat Residencial en las formas de experimentar la ciudad y el territorio y las formas de planificación que permitan o propicien un habitar el cual integre relaciones de identidad y pertenencia en los sujetos que despliegan su agencia en la configuración del lugar. Este debate tiene aun más sentido hoy, en el contexto de la incertidumbre que los distintos impactos de la globalización imprime sobre los sujetos y las comunidades; el contexto global actual ha desnudado esta incertidumbre a niveles no vislumbrados antes. Por lo mismo, este trabajo ofrece una reflexión situada desde el hábitat y el paisaje construidos en las periferias urbanas del Gran Santiago. La incertidumbre ha sido una constante en el habitar de estos espacios, por lo que se hace necesario observarla en continuidad con las ya establecidas formas desplegadas y en conexión con los nuevos desafíos planteados por la situación de inseguridad mundial que vivimos. El argumento que este trabajo plantea y desarrolla a partir de la revisión de material empírico cualitativo construido en el Sector El Castillo, comuna de La Pintana, es que las agencias de los sujetos construyen distintos repertorios de hábitat en el mencionado contexto de incertidumbre, siendo este un tipo de desarrollo urbano desplegado por el Estado en barrios marginados del Gran Santiago. En el despliegue de estos repertorios, el paisaje tiene un rol orientador del habitar que puede reducir los niveles de incertidumbre en los habitantes.

Las reflexiones propuestas se construyen desde el análisis de un caso en particular: la comprensión de la relación socio-territorial y como esta se manifiesta en las cotidianidades de las biografías de los habitantes de la Villa Nueva Patagonia, inserta en el sector El Castillo, comuna de La Pintana. En síntesis, el estudio de caso está situado desde esta intervención socio-territorial y se sustenta en la observación directa de la comunidad con el territorio que habitan, que se caracteriza por condiciones mínimas para la habitabilidad y por mínimos básicos en los espacios públicos, como señala Ducci, “es característico de los barrios populares el bajo nivel de servicios y equipamiento con que cuentan, lo cual afecta negativamente la calidad de vida en distintas formas” (Ducci M. E., 2000, p. 9). Teniendo en cuenta el caso de estudio, se realizan acercamientos a los aspectos morfológicos y significados que emergen y dan forma al paisaje urbano barrial a partir de la observación de las dinámicas acontecidas en el espacio público a nivel de microescala (Gallardo, 2017). En suma, los vecindarios son productos de la urbanización y se constituyen por las relaciones cercanas entre los vecinos de una pequeña comunidad, distinguiéndose por el apego al territorio aun existiendo diversidad entre sus miembros (Flores, 2009).

Revisión de literatura

Desde la década de los 70, América latina sufrió profundos cambios en aspectos políticos y económicos. En Chile, luego de los cambios radicales propiciados por la dictadura cívico-militar, se consolida la lógica de mercado como eje rector de relaciones económicas y luego sociales en la sociedad chilena. En este marco, la dictadura de Pinochet implementa un proceso de neoliberalización (Álvarez, 2016) que tiene como una de sus expresiones la reconfiguración del rol del Estado a un papel subsidiario en las políticas sociales, focalización del gasto público, privatizando los servicios públicos y descentralizando las responsabilidades estatales, dejando con ello que las relaciones de los habitantes con sus territorios quedan reguladas por el mercado y las capacidades de acceso a bienes de consumo, como son las viviendas y sus entornos (Ruiz, 2019). Este proceso de re-organización de la metrópolis generó resultados territoriales desiguales para las comunas del gran Santiago y, por consiguiente, afectó a un segmento importante de la población, pues la fórmula neoliberal cuya “naturaleza es esencialmente política” (Theodore *et al.*, 2009, p. 2) y, por lo tanto, deliberada, terminó por concentrar a la masa sobrante de población en la periferia de la ciudad. Entonces, el proceso de reordenamiento socio-territorial detona entonces un proceso de homogenización social con resultados dispares para sus protagonistas, sobre todo para las poblaciones más vulnerables (Ruiz, 2019). En este sentido, la especulación ligada al mercado determinó también que el equipamiento comunitario de los desplazados fuese el mínimo para sobrevivir, operándose múltiples problemas sociales como la delincuencia y la estigmatización social (Olguín, 2010). En definitiva, los cambios que polarizaron y ahora actualizan dicho fenómeno en la ciudad, han marcado la historia de comunas socio-territorialmente segregadas como es el caso de La Pintana. Esta comuna, desde 1979, a través de las políticas de vivienda del Régimen Militar, recibe conjuntos de familias y poblaciones completas que son erradicadas desde doce comunas y cuarenta campamentos, principalmente de Santiago y Las Condes (Gurovich, 1990). La política pública, transformada en un Programa de Erradicación de Campamentos, afectó principalmente a comunidades que no lograron insertarse en la lógica de la mercantilización de los bienes y servicios, caracterizadas éstas por el aislamiento social y limitada capacidad de integrarse socialmente y por la lejanía y la dificultad de movilidad hacia el centro de la ciudad. Este urbanismo de la erradicación expresa la noción de que el espacio, la distancia y la ciudad son fuerzas automáticas y deterministas que redibujan el mundo social y económico, parte de un sentido de planificación urbana racional y tecnocrática libre de valores, sin una mínima idea de los lazos sociales o las relaciones de poder (Ruiz, 2019).

El problema de la segregación residencial que las políticas de erradicación evidencian ha sido debatido por años entre dos visiones opuestas. Como señala Ruiz-Tagle (2016), en un polo se ubica la Escuela de Chicago, que entiende la segregación como un fenómeno natural. En el otro polo del espectro, “la aproximación marxista

comprende este fenómeno como un problema estructuralmente determinado” (Ruiz-Tagle, 2016, p. 11). Estas discusiones han estructurado la agenda de investigación de los estudios urbanos y políticas públicas, con una mirada de pequeña escala de la ciudad y sus barrios.

Por un lado, las biografías de los habitantes de las periferias urbanas terminan por ajustar sus expectativas asegurando una vivienda básica, pero con estrechez de servicios básicos, proporcionados por una lógica de urbanismo destinada a los excluidos del poder adquisitivo que no considera dentro de sus parámetros decisionales al hábitat urbano como un elemento de calidad de vida (Ruiz, 2012); de esta forma, las consecuencias del urbanismo contemporáneo en la vida cotidiana de las personas invisibilizan los acontecimientos cotidianos, por lo que el interés de este estudio de caso se enfoca en adentrarse en las dinámicas propias de la comunidad para entender la relación socio-territorial y como esta se manifiesta en las cotidianidades de las biografías de los habitantes de las comunidades.

En este sentido, Skewes *et al.* (2017) señalan que:

“El habitar, es una experiencia primigenia que ocurre de modo constante en el flujo de la vida. Las personas son seres territorializados que construyen su identidad en uno o varios lugares, o entre varios lugares al mismo tiempo. Su existencia es intersticial y vinculante. Los otros, con quienes se establecen relaciones especulares en la configuración identitaria, son igualmente parte de esos lugares [...]. En este sentido, la construcción de lugar no solo se corresponde con la historia localmente vivida, sino que también con la de su creación y con la recreación de lo allí sucedido a través de las distintas generaciones” (p. 31).

Vinculado a las consideraciones del habitar que se plantean, el hábitat como categoría de análisis integra tanto el proceso de construcción de lugar, como el resultado del mismo, en distintas escalas territoriales que se distinguen por una forma particular de apropiación. El hábitat, entonces, vincula la experiencia del habitar con un lugar singular, lo que refuerza relaciones de identidad y pertenencia, a partir de lo cual el habitante lo interviene y configura (Torres Jofré, 2013). El hábitat, entonces, es un proceso experiencial continuo y permanente de conformación de lugares en el territorio que se relaciona con distintas escalas territoriales. Las escalas territoriales en las que el hábitat se produce están vinculadas con diversos elementos propios de cada territorio que la circunscriben para el resultado de este proceso. La relevancia que el contexto ejerce en el lugar donde se inserta el hábitat, le otorga una singularidad y particularidad (Iturra Muñoz, 2014).

En este sentido, Lourdes Neri Flores llega a la conclusión de que el espacio público es el componente principal que favorece el encuentro y la integración social, debido a su carácter igualitario y democratizador (Flores, 2009, pág. 39). De acuerdo con lo anterior, los barrios son producto de la urbanización y se constituyen por relaciones cercanas de los vecinos de una pequeña comunidad, distinguiéndose por el apego al territorio pese a la diversidad existente entre sus miembros. Asimismo, el urbanista catalán Jordi Borja manifiesta que existe una crisis en el espacio público que se manifiesta en su ausencia o en su degradación, en su privatización o en su tendencia a la exclusión (Borja, 2012, p. 206). Según Borja (2012) los espacios públicos urbanos son un medio de cohesión social a través del cual las instalaciones y servicios influyen y mejoran la vida de los

residentes. Sin embargo, esto no es suficiente porque el entorno público requiere que las personas creen relaciones simbólicas y espaciales.

En esta línea, el hábitat es producido en un territorio particular. Siguiendo a Iturra Muñoz (2014), “tanto el ambiente natural en su modificación, el construido en su producción y los sentimientos de arraigo e identificación están vinculados a él; o los factores del contexto territorial en las escalas o la intervención en el medioambiente” (p. 234).

Retomando a Torres Jofré (2013), la dimensión físico–espacial del hábitat se vincula con la noción de paisaje. Como señala Mata, el paisaje ha pasado a formar parte del interés general como un elemento significativo del marco de vida cotidiano y del bienestar de la población (Mata, 2006). Según Cosgrove (2002), el paisaje es un proceso mutuamente vinculante de relaciones sociales y del mundo natural que pone el acento en la formación de identidades, agencias y conflictos de sujetos y comunidades. Debido a lo anterior, los elementos emergentes que permiten su caracterización entregan información valiosa, ya que el paisaje se vuelve un recurso analítico al alcance no solo del estudio, sino también de las mismas comunidades.

En este sentido, el paisaje, al ser un contenedor de aspectos materiales e identitarios, aporta una mirada interesante al relacionar a las personas y el territorio, es decir, vincula los aspectos objetivos o materiales con el sustrato social que lo habita y constituye (Silva y Fernández, 2019). El paisaje se convierte de esta forma en un aspecto estratégico a considerar para una nueva cultura territorial de la sociedad, ya que es una manera de ligar a la ciudadanía con su territorio en un rol protagonista de las transformaciones de su espacio territorial (Iturra Muñoz, 2014).

Sin embargo, el paisaje urbano también se manifiesta como irregular y caótico cuando en una sucesión múltiple y estridente de calles, edificios, puentes y publicidad, que coexisten con carretones impulsados por fuerza motriz humana o equina, se evidencia la desigualdad urbana creciente y distópica (Ramírez-Ibarra, 2015).

“El paisaje es un indicador excelente para valorar el nivel de cultura, de civilidad y de urbanidad de un territorio, a cualquier escala. Y aún más, es un indicador idóneo para captar la estima de una sociedad por su territorio y el nivel de identificación que con él mantiene” (Folch y Bru, 2017, p.23).

Ha existido una tendencia a naturalizar el contenido asociativo del territorio sobre todo en su dimensión de paisaje cultural. Mientras que “el paisaje es el aspecto del territorio, la fachada de la realidad” (Folch y Bru, 2017, p. 9). La pregunta que surge entonces es ¿cómo una comunidad puede aspirar a una transformación que le permita soñar con una ciudad con mayor grado de asociatividad, participación y justicia? La respuesta parece no estar en el mercado, ni tampoco aún en las políticas públicas sectorializadas, sino, efectivamente, en los sujetos quienes están obligados a buscar su camino a través del trabajo colectivo, pero situado en relación con el hábitat con el cual interactúan. Es decir, lo social no puede flotar sobre el sustrato espacio-territorial. Es en la calle, en lo público, donde puede aparecer lo colectivo y a su vez, es en el abandono de lo público donde está la causa de la baja participación, del capital social, de lo organizacional.

En la línea argumental que hemos establecido respecto a las transformaciones urbanas, el hábitat y el paisaje, es decir el territorio, emergen como centrales. El territorio es un concepto multidimensional, cuya utilidad está dada por la capacidad que posee para evidenciar y situar la relación de las personas con los espacios que utilizan para satisfacer sus necesidades (Vergara, 2010). En la construcción de territorio se interrelacionan escalas, formas de vida o concepciones del mundo y el espacio (Ramírez-Ibarra, 2015). En este sentido, la categoría territorio es útil para enmarcar y comprender la relación de habitantes y su entorno, ya que una de sus características cruciales es que es factible de delimitar. En este sentido, Santos (1996) señala que la configuración territorial viene determinada por el medio físico y los recursos creados. En definitiva, la disposición de todas las cosas dispuestas como sistema es lo que forma la configuración territorial (Santos, 1996).

Una lectura visual y comprensiva del paisaje urbano aporta, entonces, un entendimiento más complejo de las formas de ocupación del territorio. Este, además de constituir una categoría de significado es también -y sobre todo- una experiencia sociofísica. Como plantea Ramírez-Ibarra (2015):

“La explicación racionalista de la ciudad ha buscado en el espacio público la experiencia primaria de socialización por medio del ágora democrática o la convergencia en las ciudades comerciales de la burguesía, sin embargo, actualmente hay un vacío en la conexión entre estructura urbana y experiencia social” (p. 107).

Este vacío se acentúa en la ciudad paradigma de la economía neoliberal, en la urbe emblema del mercado, agente principal de la privatización del espacio público, fuente de vaivenes, desequilibrios e inequidades, donde se percibe y se apropia el movimiento a nivel territorial Klein (2011).

El vacío de la experiencia urbana arriba señalado se profundiza en contextos de asentamientos informales. Generalmente se trata del peor suelo, el menos aprovechable, el “sobrante” de lo explotable. Así, se convierte, en muchos casos, en el espacio de la segregación social, la desconfianza, el territorio del miedo, donde las comunidades deben luchar durante mucho tiempo, y no siempre con éxito, para el logro de un cambio. En este sentido, la mala calidad del espacio físico propicia una percepción de inseguridad que empuja al abandono de lo público, de lo colectivo, lo que a su vez deriva en la pérdida de interés por el intercambio social, por la comprensión y respeto del “otro” (Ruiz, 2019). Dicho abandono acentúa el deterioro progresivo del espacio y en consecuencia dificulta el desarrollo de vínculo con el territorio (sentido de pertenencia) y la construcción de comunidad (Caquimbo *et al.*, 2017).

En la era de la postmodernidad, la seguridad y la certidumbre buscan un nuevo modelo para basar sus expectativas en equidad, justicia social y bienestar para los ciudadanos en sus distintas realidades:

“El ser humano se siente más seguro estando solo que en sociedad. Está perdiendo de alguna manera las habilidades de convivencia y sólo se moverá y expresará, en cierta medida, con aquellos a quienes considere de su propia clase (...). Si bien es cierto que los individuos viven en conjunto alrededor de ciudades o localidades, se encuentran inmersos en un mecanismo del cual es muy difícil salir, una individualidad colectiva (...) El individuo como tal sólo puede confiar en sí mismo, ya no en los demás, ya que su seguridad

está muy por encima de intereses colectivos o mejor dicho comunitarios. Ello se acentúa, si le agregamos que el Estado –antes garante de la seguridad, certeza, y hasta cierto grado, libertad– ya no brinda estas garantías” (Hernández, 2016, p. 281),

“Lo que hace que la modernidad sea “líquida” es la “modernización” acelerada e imparable por la cual –al igual que otros líquidos– ningún tipo de vida social es capaz de mantener su forma por mucho tiempo. El “derretimiento de los sólidos”, rasgo endémico y definitorio de todas las formas modernas de vida, continúa, pero, a diferencia del pasado, no se espera que los sólidos derretidos sean reemplazados por otros “sólidos más sólidos”, “nuevos y mejorados”, que sean inmunes a derretirse” (Hall, 2017, p. 279).

La despolitización en la modernidad líquida separa la acción social de la actividad política, reduce la vinculación de la sociedad con la actividad del Estado y permite su apropiación por intereses particulares.

“El paradigma de la Complejidad reconoce los principios de incompletitud y de incertidumbre como elementos que contribuyen a comprender, articular y organizar el territorio; se vale del pensamiento complejo, para dar sentido y conferir significado tanto a lo global como lo local” (Morín, 1997 citado en Mosquera Téllez y Gómez Carvajal, 2011, p. 57).

En este sentido, el desarrollo de los territorios se comprende como un proceso en permanente autoconstrucción, en el que intervienen diversos elementos como símbolos y señales en constante interdependencia e interacción que pueden ser observados, por un lado, desde las propias subjetividades de las personas y, por otro, desde las relaciones emergentes que, en conjunto, dotan de capacidad a los procesos para incorporar la incertidumbre, así como para valorar y fortalecer sus propias características en espacios socio-temporales específicos (Mosquera, 2007, citado en Mosquera Téllez y Gómez Carvajal, 2011).

Por su parte, desde la noción del riesgo, diversos elementos –entre otros, los abruptos procesos de urbanización, los costos del suelo, los niveles de pobreza, la concentración poblacional en las ciudades, el desplazamiento forzado, el dinamismo de la informalidad, la limitada capacidad de los gobiernos locales para formular proyectos pertinentes a los territorios, así como para limitar la acción de las políticas de vivienda, la débil protección social, la informalidad de los asentamientos en espacios territoriales inestables y de riesgo, así como la exigua capacidad de respuesta de la sociedad civil a situaciones de emergencia – han explicado la afectación constante del hábitat ante la presencia de desastres socio naturales y calamidades cada vez más frecuentes que conllevan, por un lado, efectos negativos en las infraestructuras (como el deterioro y la destrucción) y, por otro, la necesidad de llevar adelante reasentamientos y desplazamientos de las personas afectadas, lo que ha derivado en procesos de desterritorialización, desarraigo y pérdida del sentido de pertenencia de los habitantes y de la memoria colectiva del lugar (Mosquera Téllez y Gómez Carvajal, 2011).

Frente a las oportunidades y peligros del hábitat de la periferia metropolitana en el contexto actual de catástrofe e incertidumbre, creemos necesario volver a hacer foco en el habitar como invitación a entrelazar paisaje y territorio, como fuente de seguridad ontológica que vuelva a instalar lo que Skewes *et al.* (2017) han denominado como *espacios de certeza en territorios en permanente transformación*.

Metodología

Esta investigación se ha construido en base a un estudio de caso de carácter intrínseco e instrumental (Stake, 1999). Se debe señalar que el interés en observar el caso de Nueva Patagonia está dado porque ella representa un caso particular en cuanto a formación histórica y procesos de desarrollo que la sitúan, según los resultados del Índice de Calidad de Vida Urbana (ICVU), dentro de las cinco comunas con peor índice dentro del país.

En este sentido, en términos de su historia, la Población Nueva Patagonia nace de la erradicación interna de un campamento ubicado en la zona central de comuna de La Pintana, el cual fue trasladado a este sector en 1998 a cambio del título de dominio del terreno para sus habitantes. En un principio, las condiciones habitacionales se asimilaban a las características de un campamento, cuestión que mejoró con la construcción de las casetas sanitarias y la posterior instalación de servicios básicos. Según lo constata Villavicencio (2010),

“el nuevo loteo, donde se instalaron las familias, tomó por nombre Villa Nueva Patagonia, lugar que no ofrecía mayores cambios urbanísticos en comparación con lo que era el campamento, pues el paisaje y la infraestructura urbana era casi la misma, dado que sólo estaba instalado el alumbrado público. Pasaron los meses y se construyeron las casetas sanitarias, lo que se asocia inmediatamente a la posibilidad de contar con agua potable y alcantarillado” (Villavicencio, 2010).

En la figura 1 se puede apreciar un paisaje típico de la Villa al momento de la investigación.

La información de este trabajo se ha generado en base a un enfoque cualitativo, en tanto intenta ser un ejercicio que pretende brindar una comprensión de los hallazgos, para explicar las relaciones observadas y poder articularlas con otras situaciones que nos permita un mejor conocimiento del contexto que se investiga. En este caso, el foco principal del análisis ha sido los discursos de los habitantes del sector quienes participaron del estudio en relación a su territorio, visto este desde la dimensión del paisaje y del hábitat; en este sentido, como observadores de observadores, el equipo investigador tiene una posición privilegiada y estratégica al utilizar sus propios esquemas de distinción a través de las técnicas de investigación para captar a sujetos-observadores que, en su praxis diaria, están ejecutando marcos de distinción iniciales de los que depende la construcción de realidad (Mejía, 2002). La investigación ha buscado aproximarse al observador y a cómo este configura su territorio en dos planos: uno material y el otro sensorial. Esto es de suma importancia, pues se asume que involucra a observadores en su constitución, es decir, es el punto de encuentro. Lo cualitativo visto desde la metodología, se caracteriza por ser flexible ante los acontecimientos que surgen en el proceso de campo, pues lo que nos interesa es saber cómo se construye el contexto social desde los propios actores.

Figura 1.
Paisaje típico, Villa Nueva Patagonia.



Fotografía de Sergio Gallardo, 2016.

La investigación tiene una aproximación exploratoria-descriptiva. Es exploratoria pues existe escasa información acerca del paisaje en comunidades con menor índice de calidad urbana, en las cuales, por lo general, la investigación se centra en la caracterización de sus habitantes o en fenómenos ligados a condiciones de habitabilidad. Por su parte, es descriptiva pues ha buscado describir en profundidad elementos asociados al paisaje.

Se utilizó la observación directa como una forma de tener un mejor acceso al contexto social de la investigación. La observación directa nos ha permitido aproximarnos a las formas y tipos de relación que generan los habitantes con sus micro-espacios para convertirlos en lugares. Además, se generaron notas de campo en donde se ha registrado el escenario de las acciones en los términos de Taylor y Bogdan (1994), es decir, se describió el escenario y las actividades con detalles suficientes como para dar una imagen mental del lugar y de lo que ocurre.

Se utilizó como técnica la entrevista semi-estructurada. “Este tipo de entrevista tiene un guión en el cual se recogen todos los temas que se deben tratar en el desarrollo de la entrevista, pero nunca se reflejan las preguntas concretas” (Aguirre Baztán, 1995, p. 174).

La unidad de análisis correspondió a los discursos de los habitantes. Se ha utilizado el análisis de contenido, para lo cual las unidades de registro se han trabajado de acuerdo a categorías, lo que ha permitido describir características de los discursos para rescatar las particularidades de cada uno. Este análisis se ha realizado a la luz del cuerpo teórico que alimentó el trabajo y del cual han emergido los lineamientos para construir los instrumentos de observación y de entrevistas.

En términos muestrales, se utilizó un diseño intencionado y por criterios para la participación de informantes. Los criterios fueron dos: 1) Conocer la historia de la fundación de la Villa Nueva Patagonia; y 2) ser adultos que tuvieran residencia en la Villa al menos por un año antes de la entrevista. Cabe mencionar que los participantes fueron contactados dependiendo de la ubicación de su hogar: a) en pasaje y/ calle principal; y b) cercana a lugar público (canchas, plaza, etc).

Resultados

Un primer nivel de resultados explicita la construcción del hábitat desde un componente de memoria ligado al proceso de llegada a la Villa, como lo evidencia la siguiente cita:

“Pero el terreno eran sitios sin urbanización, o sea, cachai a nosotros nos entregaron tantos metros cuadrados tizados con cal no más y ya este es su terreno... Nada, ni luz ni nada. No tenía urbanización po’ weon. La urbanización se basa en eso, sin alcantarillado, no tenía agua potable y no tenía luz eléctrica... Nada, eran parcelas que habían entregado no más, tizaron con cal y este es su terreno y arreglárselas como pueda. Una cosa así...los primeros años” (“Wildo”, 55 años, trabajador independiente de la construcción).

Lo que esta cita plantea es que el hábitat popular se construye desde una cierta memoria del momento fundante; es decir, la llegada. Las condiciones mínimas con las cuales contaban las familias que llegaron a habitar al sector dan cuenta de un paisaje inicialmente construido *con tiza*. Se vincula el hábitat a procesos de urbanización o mejoramiento del espacio. Desde acá surgen con fuerza dos elementos importantes: la vivienda (casa propia autoconstrucción) y el paso de campamento a población.

A su vez, los paisajes no son armoniosos y, en este caso, se cumple esa condición. Se puede comprender que en este contexto la carga emocional que se generó con la llegada de los habitantes a la Villa Patagonia marca y determina de alguna manera su forma de concebir el paisaje en microescala barrial. El paisaje siempre estará condicionado, para la población adulta que vivió el proceso de llegada al sector, por las formas y recuerdos del pasado. Se da una construcción del paisaje en base a la memoria y las prácticas; esto determina la forma de observar en la línea que plantean Cano y Ojeda (2009), en el sentido de que, el paisaje puede ser entendido como memoria del territorio en la medida en que no se trata de una mera sucesión de hechos, sino de un significado construido a lo largo de tiempo que después de muchas generaciones que puede ser objeto de interpretación (Cano y Ojeda, 2009). La variable temporal juega un rol fundamental, en tanto marca los hitos o tendencias que han impactado en la vida de los habitantes de la Villa Nueva Patagonia desde su llegada al territorio. Por lo tanto, la memoria es un componente sustancial para entender desde donde se nutrirán las observaciones acerca del paisaje. Esta construcción en la actualidad genera conflictos al interior de la Villa y es aquí donde se manifiestan fenómenos ligados a actividades puntuales pero lo suficientemente potentes para que aparezcan en el escenario del paisaje del sector y que, por un lado, están ligadas a la venta y consumo de drogas y, por otro, al concepto de la basura que claramente está influido por la existencia de un basural ilegal de proporciones importantes en un sitio eriazco colindante a los hogares de los vecinos del sector. “El paisaje está mucho más relacionado con el estar en el mundo y con la actividad práctica de la vida que con una observación imparcial y desinteresada de un mundo aparte de la cotidianeidad” (Tim Ingold 1993a: 40, citado por Cano, 2012, p. 123).

Por otro lado, y siguiendo la lógica histórica del proceso de construcción de la Villa, aparecen lugares cuya materialidad actual tiende a ser idealizada a través de la contemplación de su estado actual y del poder ver en ellos las posibilidades de una mejora constante, con la idea de un hábitat y un paisaje potencial no acabado. Un ejemplo de esto es la plaza Sol Naciente al interior de la villa, como se ilustra en la figura 2.

Figura 2.

Plaza Sol Naciente Villa Nueva Primavera.



Fotografía de Sergio Gallardo, 2016.

En cuanto a las relaciones sociales observadas en el sector, los entrevistados entregan visiones que tienden a cristalizar fenómenos. Como se señaló anteriormente, el fenómeno de la droga (y sus externalidades asociadas) pone en tensión constante el espacio barrial. Aunque es un fenómeno existente, no se manifiesta como una práctica global de los habitantes del sector, aunque sí genera sus manifestaciones y los lugares en donde se desenvuelve otorgan al paisaje un aspecto ligado al fenómeno de la violencia (Ruiz, 2019). Este fenómeno y sus manifestaciones (peleas, balaceras, etc.) tienen un carácter estratégico en el espacio público, pues no se orientan necesariamente a la destrucción del otro, sino más bien a su sometimiento (Robles, 2005). Los *tasksapes*, es decir, los paisajes moldeados por la vida cotidiana, son los que dan carácter a los paisajes constituyéndose en claves de su significado social (Cano, 2012).

Lo cotidiano de los habitantes de la Villa Nueva Patagonia es observar lugares específicos del sector, en donde se ejecutan actividades que son parte del cuadro diario de la vida cotidiana. Desde un plano netamente especulativo, se puede encontrar en el recogimiento en lugares considerados seguros (vivienda) la alternativa a esta realidad en constante tensión. El proceso vivido en la Villa Nueva Patagonia resulta interesante en la medida en que espacio, configuración territorial y paisaje se construyeron de forma paralela a la capacidad de las familias de proveerse de elementos para su desarrollo, partiendo por la casa propia; lo principal y el elemento fundamental que aparece en el horizonte del paisaje. Esta capacidad de ir conquistando y progresando en aspectos materiales genera una forma de entender el hábitat y el paisaje como conquistas pendientes que, en este caso, son idealizaciones de lugares con una funcionalidad proyectada para el bienestar. El paisaje tendría un componente de pasado, presente y futuro, a nivel de aspiración que se da en el plano de la tensión territorio y manera de mirar, que aporta valoraciones ligadas a la calidad estética que emerge en la categoría de las representaciones (pero siempre a futuro). En cuanto a las representaciones, estas se trasladan al campo de la abstracción. A partir de las percepciones y las vivencias (memoria) se construye un paisaje que contrapone dos fuerzas: lo deseable y los riesgos (Mosquera Téllez y Gómez Carvajal, 2011).

El paisaje y su abordaje se encuentran aún en etapa de desarrollo en el contexto chileno. En su expresión urbana, el paisaje convoca diversas miradas disciplinares para su abordaje lo que entrega riqueza a la reflexión, pero a la vez aumenta el nivel de complejidad de su tratamiento, pues involucra distintas dimensiones: por un lado, la materialidad presente en territorios y todo lo que concierne a la historia de su constitución como paisaje (variables económicas, sociales, culturales, financieras, etc.) que le entregan su carácter propio y situado; por otro, involucra directamente al observador, ya sea de primer orden (que en el caso de este estudio fueron los vecinos entrevistados) o ya sea de segundo orden (en este caso, el equipo investigador que levanta el estudio a partir de las observaciones de observadores). Lo anterior se ilustra en las siguientes citas:

“Un paisaje...bueno, paisaje es todo lo que se ve. Sea bonito o sea feo. Para mí el paisaje puede ser el desierto, puede ser una ruina, puede ser un bosque hermoso, pueden ser unos edificios. Cualquier cosa que uno puede ver para mí es un paisaje. Un paisaje...para mí tendría que ser un entorno... ponte tú, vive y que tenga una vista hermosa, un lugar donde podai compartir con tu familia, con tus hijos” (“Wildo”, 55 años, trabajador independiente de la construcción).

“Es algo hermoso poh. Algo en lo que yo pueda ver tranquilidad en ese paisaje. Algo que yo quisiera que en todos lados hubiese un paisaje. No ver puros rayados, no ver jóvenes en la esquina parados con revólver. Eso no es un paisaje, eso es delincuencia. Yo ahora estoy viendo un paisaje, estoy viendo a los chicos como juegan ahí. Para mí, eso es un paisaje” (“Juan Carlos”, 45 años, trabajador de la construcción).

En términos de la relación de personas y territorio, el paisaje permite un acercamiento concreto a esta relación, pues hace visible abstracciones conceptuales como el territorio y el espacio. Para los participantes del estudio, estas abstracciones aparecen de manera inmediata, independiente de la certeza conceptual que se tenga del tema.

El paisaje urbano en contexto de barrio permitiría entregar algunas miradas sobre fenómenos como la apatía o la baja sociabilidad en espacios públicos, que como se observa en los resultados que pueden estar plasmado de miedos; es decir, la violencia percibida se puede demarcar claramente en el espacio barrial entregando una segunda lectura a la temática de la baja participación comunitaria, vista entonces como un problema y no como una estrategia de seguridad que implementan las familias en sectores que les resultan peligrosos desde su percepción y significación.

Desde la noción del riesgo desarrollada más arriba, el contexto de los procesos de urbanización ha incidido muy significativamente en la afectación sistemática y persistente del hábitat (Mosquera Téllez y Gómez Carvajal, 2011). Los resultados de la categoría física nos permiten visualizar que los vecinos, a partir de la configuración territorial de la escala barrial, identifican lugares que están en continuo conflicto con sus aspiraciones. La existencia de un basural ilegal (ver figura 3), agente icónico de la degradación ambiental, sumado al fenómeno de las esquinas ocupadas para actividades ligadas al tráfico de drogas y la violencia latente que genera (dominio sobre otros), se puede asociar a valoraciones (representaciones) ligadas al riesgo que termina por naturalizar la apatía por el espacio público como resultado de que las estrategias de recogimiento e individualismo permiten controlar las variables que generan miedo en la comunidad. El habitar desde el riesgo y la violencia sitúa a los habitantes en un horizonte de incertidumbre propio de los contextos de la marginalidad metropolitana.

Esto se pone en tensión cuando se trata de revertir a través de la proyección de las imágenes idealizadas de dichos espacios, en una clara representación del paisaje como elemento aspiracional. Como señala Marta Cano al recoger la parte mensurable del paisaje: esta se convierte en contemplación estética y subjetiva, en fuente de emociones e identificaciones (Cano, 2012). En esta tensión se puede trazar una línea imaginaria con el paisaje con características de memoria y que tiende a ser idealizado en forma progresiva, tal como fue la conquista de cada elemento de la urbanización de la Villa Nueva Patagonia en su proceso de conformación.

Figura 3.
Basural contiguo a Villa Nueva Patagonia.



Fotografía de Sergio Gallardo, 2016.

Conclusiones

El objetivo de este trabajo fue indagar en la capacidad de construcción de hábitat de los habitantes de la Villa Nueva Patagonia, del Sector El Castillo de la comuna de La Pintana, dentro del contexto de incertidumbre que ha sido el desarrollo urbano característico desplegado por el Estado en barrios marginados del Gran Santiago. En tal contexto, el paisaje tiene un componente de memoria ligado al proceso de llegada a la Villa, como ha sido relevado por algunos entrevistados.

Como ya se dijo anteriormente, el hábitat popular se construye desde una cierta recordación o memoria del momento fundante; es decir, la llegada. Las condiciones mínimas con las cuales contaban las familias que llegaron a habitar al sector dan cuenta de un paisaje inicialmente construido *con tiza*, es decir, que no descubren el paisaje, sino que lo construyen conforme logran ciertos mínimos sociales y desde ahí se liga su observación a procesos de urbanización o mejoramiento del espacio. Desde acá surgen con fuerza dos elementos importantes: la vivienda (casa propia de autoconstrucción) y el paso de campamento a población.

En lo que se refiere a la relación que caracteriza a los habitantes con la expresión física de elementos en el espacio, llama la atención que las actividades y prácticas de sociabilidad cotidiana en espacios públicos de la Villa no aparecen, aun cuando es posible observar que existen interacciones en los pasajes, al menos entre los niños. Resulta paradójico que los lugares donde más se podrían observar prácticas de sociabilidad no aparecen en el discurso de los vecinos al hablar de espacios públicos. Esta concepción está asociada a lugares que tienen que ver con el deporte y la recreación, como las plazas y multicanchas. No obstante, igualmente se realizan proyecciones idealizadas de esos espacios. Esta relación se vincula con la tensión entre habitar y observar, pero con características particulares en el caso de la Villa Nueva Patagonia.

“Pucha, lugares físicos, hay dos plazas aquí no más poh. Agradables, piensa que uno podría sentarse un rato en el día a conversar con alguien, pero en el día porque en la noche hay otro tipo de gente que la ocupa, además que está poco iluminada esa plaza. Hay chiquillos que juegan a la pelota en la noche y hay otro tipo de cabros que hacen otras cosas igual poh. Es muy poco conveniente para mí, irme a meterme ahí con dos cabros chicos a la plaza” (“Elena”, 38 años, dueña de casa y trabajadora informal en confección de vestuario).

“Es que Santiago tiene parques, tiene áreas verdes y eso que aquí no se ven áreas verdes, se ven puras casas no más poh, se ven puras casas” (“José”, 40 años, obrero de la construcción).

Desde la propuesta de las tensiones, la relación de la apariencia del paisaje con carácter de proceso, con cambios estructurales y que dan origen al cambio de las formas (Santos, 1996), instala una mirada en perspectiva con relación al pasado, al presente y a las aspiraciones de futuro que podría generar un sentido de comunidad que avanza desde el campamento hacia el concepto de Villa o su equivalente Población. Por otro lado, una vista se puede asociar a la proximidad de la observación, en cuanto que los elementos visuales, asociados

principalmente a la configuración del territorio, señalan que esa visión de paisaje idealizado convive con una naturalización y calcificación de fenómenos que hacen emerger la concepción de riesgo. Se cumple que el paisaje es dicotómico en este sentido; la interrogante pendiente es resolver cómo se resignifica el sentido de pertenencia que pueda existir en el sector.

En este sentido, las formas de rememorar y significar el paisaje darían cuenta de la vivencia de sujetos olvidados, incluso hoy, por fenómenos instalados por los procesos de neoliberalización de las construcciones de vivienda y hábitat. Avanzar hacia su deconstrucción para contribuir a romper la percepción del espacio casa-luz de día como, en principio, un único espacio protector por parte de los vecinos, ampliándolo hacia la reocupación de espacios territoriales y de paisaje, implica necesariamente que las políticas y las intervenciones sociales se hagan cargo de avanzar, desde una perspectiva crítica, en la co-construcción con los propios vecinos de un paisaje y sus elementos asociados que recupere y, en algunos casos, genere sentido de pertenencia y de protección en los espacios. Políticas e intervenciones redistributivas de poder en pos de generar esta co-construcción con los vecinos y para los vecinos se vuelven un imperativo ético en pos de que los procesos de recuperación y de generación de sentido de pertenencia sean sostenibles. Generar condiciones de certeza en este trabajo co-construido se vuelve un elemento necesario en pos de romper con vivencias de inseguridad y miedo, todavía presentes en los vecinos del barrio.

Referencias bibliográficas

- Aguirre Baztán, A. (1995). *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación socio cultural*. Marcombo S.A.
- Álvarez, A.M. (2016). El Castillo: territorio, sociedad y subjetividades de la espera. *EURE*, 42(125), 155-174. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612016000100007>
- Borja, J. (2012). *Revolución urbana y derechos ciudadanos: Claves para interpretar las contradicciones de la ciudad actual*. Alianza.
- Cano, N. (2012). Definiendo al paisaje en base a la tensión. *Zainak. Cuadernos de Antropología-Etnografía*, (35), 117-138.
- Cano, N. y Ojeda, J. (2009). *El paisaje, memoria de los territorios* [ponencia]. XVII Congreso de Estudios Vascos.
- Caquimbo, S., Ceballos, O., y López, C. (2017). Espacio público, periferia urbana y derecho a la ciudad. Intervención Parque Caracolí, Ciudad Bolívar. *Revista INVI*, 32(89), 113-143. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582017000100113>
- Cosgrove, D. (2002). Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista. *Boletín de la A.G.E.*, (34), 63-8.
- Ducci, M. E. (2000). Santiago: territorios, anhelos y temores. Efectos sociales y espaciales de la expansión urbana. *EURE*, 26(79), 1-24. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612000007900001>
- Flores, L. N. (2009). *El espacio público urbano como generador de integración social en los vecindarios de Roma y Condesa de la ciudad de México 1985-2008*. Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Folch, R. y Bru, J. (2017). *Ambiente, territorio y paisaje. Valores y valoraciones*. Barcino.
- Gallardo, S. (2017). *Paisaje barrial: significaciones, relaciones y representaciones en contexto segregación socio espacial*. [Tesis Magister, Universidad Alberto Hurtado, Chile].
- Gurovich, A. (1990). La Pintana: la ciudad interminable. *Revista INVI*, 5(9), 5-19.
- Hall, J. R. (2017). Bauman líquido. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 62(230) [https://doi.org/10.1016/S0185-1918\(17\)30024-7](https://doi.org/10.1016/S0185-1918(17)30024-7)
- Hernández, J. (2016). La modernidad líquida. *Política y cultura*, (45), 279-282.
- Iturra Muñoz, L. (2014). ¿Dónde termina mi casa?: Mirando el hábitat residencial desde la noción de experiencia. *Revista INVI*, 29(81), 221-248. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582014000200007>
- Klein, N. (2011). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. Planeta.
- Mata, R. (2006). El concepto paisaje para la gestión sostenible del territorio. En A. T. Rafale Mata, *El paisaje, la gestión del territorio: criterios paisajísticos en la ordenación del territorio y el urbanismo*. Ediciones diputación de Barcelona.
- Mejía, J. (2002). Perspectiva de la investigación social de segundo orden. *Cinta de Moebio*, (14), 1-34.
- Mosquera Téllez, J. y Gómez Carvajal, E. (2011). La gestión del riesgo-de la incertidumbre a la adaptabilidad. *Bistua: Revista de la Facultad de Ciencias Básicas*, 9(11), 55-62.
- Olguín, R. (2010). Especulación inmobiliaria, movilidad espacial y big bang urbano. Santiago de Chile 1979-2009 ¿y después del terremoto, qué?... *DU & P Revista Diseño Urbano y Paisaje*, 7(19), 1-11.

- Ramírez-Ibarra, R. (2015). Paisaje urbano y fragmentación en la ciudad. *Revista Bitácora*, 25(1), 123-130.
- Robles, F. (2005). Contramodernidad e incertidumbre. El quiebre violento de las certezas de la ciencia a principios del siglo XXI. *Revista MAD. Revista del Magister en Análisis Sistemático Aplicado a la Sociedad*, (13), 1-21.
- Ruiz, J. C. (2012). Violencias en la periferia de Santiago: La población José María Caro. *Revista INVI*, 26(74), 249-285. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582012000100008>
- Ruiz, J. C. (2019) Transformaciones estructurales y subjetividades: violencias urbanas desde arriba y desde abajo en Santiago de Chile. *Cuaderno de Trabajo Social*, 13, 91-120.
- Ruiz-Tagle, J. (2016). La segregación y la integración en la sociología urbana: revisión de enfoques y aproximaciones críticas para las políticas públicas. *Revista INVI*, 31(87), 9-57. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582016000200001>
- Santos, M. (1996). *Metamorfosis del espacio habitado*. Oikos Tau.
- Silva, R. y Fernández, V. (2019). Los paisajes culturales de Unesco desde La perspectiva de América Latina y el Caribe. Conceptualizaciones, situaciones y potencialidades. *Revista INVI*, 30(85), 181-214. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582015000300006>
- Skewes, J. C., Trujillo, F., y Guerra, D. (2017). Traer el bosque a sus domicilios. Transformaciones de los modos de significar el espacio habitado. *Revista INVI*, 32(91), 23-64. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582017000300023>
- Stake, R. (1999). *Investigación con estudio de casos*. Morata.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación social*. Paidós.
- Theodore, N., Peck, J., y Brenner, N. (2009). Urbanismo neoliberal: la ciudad y el imperio de los mercados. *Revista Temas Sociales*, (66), 1-12.
- Torres Jofré, M. (2013). El paisaje y el enfoque de hábitat residencial. *Revista INVI*, 28(78), 9-25. <https://doi.org/10.4067/S0718-83582013000200001>
- Vergara, N. (2010). Saberes y entornos: Notas para una epistemología del territorio. *Alpha*, (31), 163-174. <https://doi.org/10.4067/S0718-22012010000200012>
- Villavicencio, H. (2010). *Redes sociales en una política pública. Análisis cualitativo de una intervención sociocomunitaria*. [Tesis Magister en Antropología y Desarrollo, Universidad de Chile, Santiago].



Revista INVI es una publicación periódica, editada por el Instituto de la Vivienda de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile, creada en 1986 con el nombre de Boletín INVI. Es una revista académica con cobertura internacional que difunde los avances en el conocimiento sobre la vivienda, el hábitat residencial, los modos de vida y los estudios territoriales. Revista INVI publica contribuciones originales en español, inglés y portugués, privilegiando aquellas que proponen enfoques inter y multidisciplinares y que son resultado de investigaciones con financiamiento y patrocinio institucional. Se busca, con ello, contribuir al desarrollo del conocimiento científico sobre la vivienda, el hábitat y el territorio y aportar al debate público con publicaciones del más alto nivel académico.

Directora: Dra. Mariela Gaete Reyes, Universidad de Chile, Chile

Editor: Dr. Luis Campos Medina, Universidad de Chile, Chile.

Editores asociados: Dr. Gabriel Felmer, Universidad de Chile, Chile.

Dr. Walter Imilan, Universidad de Chile, Chile.

Coordinadora editorial: Sandra Rivera, Universidad de Chile, Chile.

Asistente editorial: Katia Venegas, Universidad de Chile, Chile.

COMITÉ EDITORIAL:

Dr. Victor Delgadillo, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México.

Dra. María Mercedes Di Virgilio, CONICET/ IIGG, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Dra. Irene Molina, Uppsala Universitet, Suecia.

Dr. Gonzalo Lautaro Ojeda Ledesma, Universidad de Valparaíso, Chile.

Dra. Suzana Pasternak, Universidade de São Paulo, Brasil.

Dr. Javier Ruiz Sánchez, Universidad Politécnica de Madrid, España.

Dra. Elke Schlack Fuhrmann, Pontificia Universidad Católica de Chile, Chile.

Dr. Carlos Alberto Torres Tovar, Universidad Nacional de Colombia, Colombia.

Sitio web: <http://www.revistainvi.uchile.cl/>

Correo electrónico: revistainvi@uchilefau.cl

Licencia de este artículo: Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0
Internacional (CC BY-SA 4.0)